

Para los que luego dicen que no voy a mi pueblo...

La otra mañana al ser de día, no tuve mejor ocurrencia que darme una vuelta por los alrededores del pueblo. Pensé qué careo tomar y me decidí por Santolaja, así que ya estoy camino de la Siana arriba. Al llegar al Hoyo encuentro aquello un poco cambiado y me extrañan los praos sin segar. Llego y paso la Tabla (que costaba de segar la muy puñetera) y empiezo a encontrarme praos casi comidos por la maleza. Allí encuentro un majueto y me pongo morao; de milagro me libré del trócalo pero no de bajar con unos buenos retortijones. Parece que los espinos se hayan hecho los dueños hasta del monte. Allí contra los serrones, hay unas cuantas matas y en lo alto veo gallarotas; buena ocasión, pienso. Empelingo y atropo todas las que puedo. Escaso botín: cinco gallarotas, dos frailes sanos y otro cocoso. Y encima, al bajar me entallo una mano en una rama y me hago una raja en un dedo que se pone a sangrar; me lo encaño con el moquero y a otra cosa. En el alto Monteviejo busco una pradera que teníamos; casi no encuentro ni el camino. La mañana es hermosa, casi tanto como la panguada que me pego al resbalar en la hierba seca del ribón cimero ¡y pa colmo, caigo encima de unas gatuñas!. Con las posaderas todavía calientes sigo hasta la campera del Concejero y tomo aliento donde las ovejas hacían la siesta las horas de mediodía hasta que el sol empezaba a flojar. Y me viene una vez que me tocaba la vecera y allí mismo me preparaba la comida; abro la morrala, saco la fiambarrera, y veo dos plátanos que me había puesto de postre mi madre ¡casi nada para la época! Ya se me hacía la boca agua (bueno, plátano); fui a buscar una losa para dejar las cosas; cuando volví, los plátanos habían volado, pero aún pude ver una borrega cusculera con la piel de uno en la boca, así que la cogí y le dí una panadera de mucho cuidao. Seguro que después presumiría de haber sido la única oveja que había comido plátanos, pero también podía presumir de haberse llevado la mayor somanta de todo el rebaño. La cosa es que me jorobó la tarde. Allí me apeteció hacer una siesta como las de antes, y resultó que me dieron las siete mas o menos, así que empecé a bajar, aunque esta vez por cambiar de ruta tomé la vereda por encima de los praos y los piornales por donde las ovejas bajaban de vuelta y que se sabían de memoria. En la fuente el Acebo, medio escosada, paré a mojar la boca; casi no pude porque no manaba mas que un rinche. En la tierra de Miguel de los Sianos, cogí unos cachos pa hacer pizarros a navaja: los mejores de la escuela. Un poco mas abajo, un esguilo me asustó; casi ni lo ví porque de dos saltos se plantó en lo cimero la mata. Entré en el pueblo casi anocheciendo. Al llegar a la bolera y aprovechando que nadie me veía, me dije: “cojorbas, voy a tirar cuatro bolas a ver si me acuerdo”. Piné los bolos, puse el michi a la derecha y la mano en la cerezal. La primera bola,

calleja y al tornarruedas. La segunda, cinco. La tercera, uno y gracias. Voy a birlar a ver si se da mejor. Calleja y bolazo a la acera de tía Susana, mientras por dentro de casa oigo reburdear a Pilar no sé qué de los tunantes de los rapaces. Como al mismo tiempo oigo los tarucos de Don Miguel repicar carretera abajo que ya viene al Rosario, me pongo a cavilar que será peor: la escoba de Pilar o la porraca del Señor Cura, (que seguro que también me calienta porque “no son horas de andar los rapaces por la calle”), por lo que no se me ocurre mejor idea que largarme de allí, que por lo menos a la carrera estos dos no me pillan. Pesco rampa abajo, cruzo las huertas (¡buena debe ser esta tierra pa las patatas con los goños que echan!) y llego a la güera. Meto la ropa debajo de unos llapazos y me tiro al pocín de Evangelina a refrescar las ideas y el pellejo, cuando...

- Vaya, hombre, diantre despertador, ¡Por fuerza de panadería! Son las seis y es hora de levantarse. Pero bueno, este sueño ya no hay quien me lo quite.!